

MARIA CRUZ SARVISE Y SU PINTURA

CON una fuerte vocación artística y con la ilusión propia de la juventud que sueña, María Cruz Sarvisé llegó un día a la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge. Quería estudiar. De esto ya hace tiempo, no mucho, porque María Cruz es joven. Cuatro años después decía su último adiós a este vetusto caserón que se levanta en el barrio antiguo de Barcelona con un prestigio universal. Adiós nostálgico, decisivo. A partir de ese momento, María Cruz debía definirse... La severidad de una disciplina académica, la lucha por el rigorismo de las formas clásicas impuesto durante todo ese período de formación, se convierte ahora en una obra feliz, personalísima. El tiempo le ha traído incertidumbre, seguridad, desconsuelo a veces. La inquietud artística tiene sus altibajos, sus estados anímicos desesperantes... La obra actual de María Cruz Sarvisé, está hecha con dolor para arrancar el secreto del trasfondo humano; de las cosas...

Recientemente, la Institución «Fernando el Católico» e Instituto de Estudios Oscenses, invitaron a María Cruz para que expusiera su obra en los salones de la Excelentísima Diputación Provincial de Zaragoza. Nuestra ciudad hermana y no Huesca ha sido quien primeramente ha podido valorar el conjunto de su pintura y grabado. La artista no había expuesto sola hasta ahora. No gusta de los exhibicionismos prematuros. A Zaragoza llegó segura y nerviosa. Al pedirle su biografía artística dijo con sencillez que no la tenía. Extrañados, insistieron.

—«Esta es mi obra; que hable por mí»—dijo.

Sí, allí estaba María Cruz Sarvisé, una artista excepcional que Huesca, su tierra adoptiva, no conoce...

Hemos seguido desde muy cerca toda su trayectoria artística. En su primera fase se iba hacia un decorativismo propio del momento, ahora incorpora a su obra un sentido más profundo.

Se siente responsable ante sí misma. Tanto las telas como los aguafuertes de María Cruz Sarvisé, de simplicidad aparente, son vigorosos y delicados a la vez.

Después del éxito alcanzado en Zaragoza, hablamos con María Cruz en su estudio, en donde vierte toda su pasión creadora. Acaba de regresar, de desmontar su exposición. Algunos cuadros todavía están sin desembalar.

No clasificaremos ni encasillaremos deliberadamente a esta joven artista en ninguna escuela. Su sentido nuevo de interpretar, nace de las raíces del arte universal. Pintura formada por un todo... Criterio selectivo, refinamiento espiritual; el entronque, la fusión que pueda haber entre los clásicos y un Cezzane, Léger, Chagall, Vallontton, Picasso, Modigliani o Gauguín.

El estudio es tranquilo, reposado. «Subida al Tibidabo», un paisaje que predominan los verdes, es la primera obra que vemos. Hay un candor ingenuo, maravilloso. Al fondo destacan varios cuadros más.

«La Casa de la Seguridad», tela pintada en Melines (Bélgica), hecha a base de tonos apagados y de una belleza extraordinaria. Sensación de nostalgia. María Cruz huye del pintoquesquismo a «sequedad» jugosa y entrañable.

—Esta pintura—me dice—no atrae a casi nadie.

Junto a ella hay otro cuadro pintado también en Bélgica. Es una calle.

—Gusta más porque hay perspectiva—aclara.

—¿Qué colores prefieres?—pregunto.

—Los grises—dice.

Varios retratos juntos. «María Victoria», magnífica obra maestra; «María José», lleva una paloma en la mano. No es pintura blanda. Sus retratos tienen la fuerza de lo sensible. Una virgen, tonos azules, grisáceos. Muy sentida. Se la mira.

—Me gusta—dice.

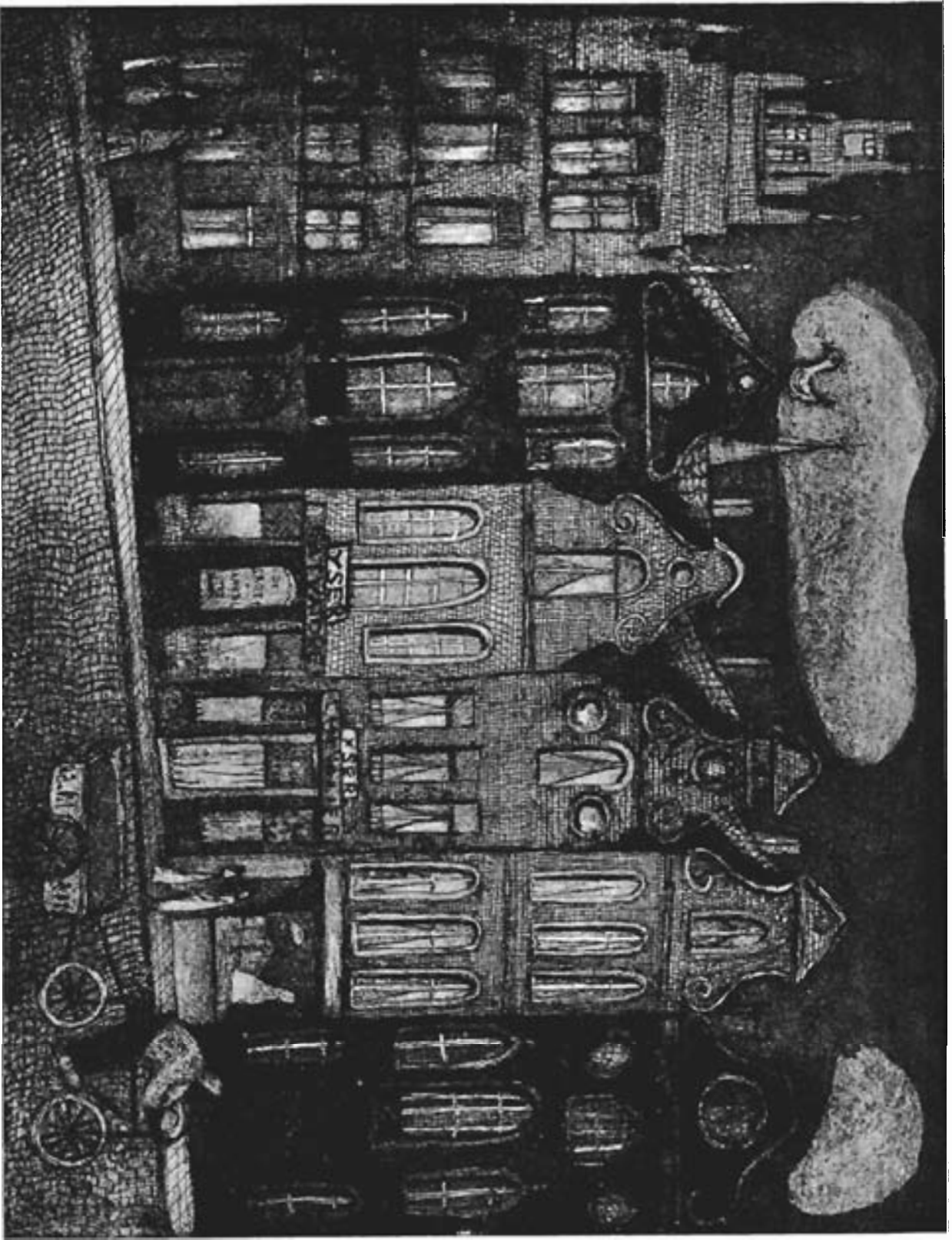
A la izquierda está «El corro de los niños». Le vimos pintar el cuadro cuando compartía el estudio con María Victoria Giné, pintora de gran personalidad que también Huesca ha olvidado. Entre estas dos artistas existe una unidad espiritual enorme. «La gitanilla», otra obra que asimismo vimos realizar y que fue expuesta en la I Exposición de Artistas Altoaragoneses, celebrada con motivo de la apertura del Círculo Oscense. A este certamen tuve el gusto de enviar unas esculturas que posteriormente fueron expuestas en Zaragoza y Madrid.

—¿Qué buscas en el paisaje urbano?—pregunto a María Cruz.

—En este cuadro de la plaza de San Pedro el Viejo, de Huesca, la quietud, dejar el tiempo...



MARÍA CRUZ SARVISÉ: Cervatillos en el parque (grabado)



María Cruz Sarvisé: La Casa de la Seguridad, Bélgica (grabado)

Está hecho a base de grises. «La plaza de San Pedro» y «Porz» (Colonia) son obras básicas en su pintura.

Otro retrato, «Rosita», niña con un barquito en la mano. Traje marinero. Lleva trenzas.

—¿Te atrae el retrato?—le digo.

—En realidad, la figura; es decir, la composición de memoria. Ver algo que me emocione y luego crear a mis anchas. El grabado despierta en mí un interés especial porque está hecho de imaginación. La interpretación es libre.

En Holanda se interesó por su pintura el abstracto Van Reede Yoh, artista pensionado y con mucho prestigio, perteneciente a la escuela moderna holandesa. Este y otros artistas se sorprendieron al ver que conseguía reflejar en sus telas todo el carácter de Holanda.

—Me sale así—dice. Querría pintar abstracto, pero no me considero inteligente.

Un elogio que deben agradecer.

En el grabado quizás sea más emotiva, por encontrar más su personalidad. Descuelga el titulado «La Anunciación», monotí en color.

—En la plancha de zinc se pinta al óleo y luego se pasa por el tórculo—me dice.

Mirando la obra, pregunto:

—¿Por qué simplificas?

—Veo las líneas más puras.

De su paso por Francia no ha traído nada.

—En París—aclara—me interesaba más ver lo humano. Sus gentes, su atmósfera...

—¿Y en el Louvre?

—Pretender ver el museo en unos días, no puede ser. En Bruselas fue distinto. Estuve mucho más tiempo. También en Alemania, en Holanda. Los primitivos de la pintura flamenca me emocionaron.

—Ahora querría aislarme—dice.

Desea inspirarse en Verdaguer para sus temas religiosos, sobre el niño Jesús; meditar estos poemas del niño Dios.

María Cruz Sarvisé estudia detenidamente los cuadros. A veces tarda meses en terminarlos. Me enseña una pintura empezada; un retrato. Es la hija del general gobernador militar de Bilbao. Sobrio y simple, su concepto pictórico.

Hay obras suyas en Alemania, Bélgica, Holanda, Francia, Madrid, Barcelona, Zaragoza, Gerona y en esta provincia, en la iglesia románica de Lárrede, templo del siglo xi y monumento nacional. El tema elegido: la Virgen niña con dos ángeles. El cuadro está pintado al

huevo sobre madera. Dice que es la obra que más ha madurado en toda su vida. Unica pintura existente en la iglesia, cuyos motivos litúrgicos están estudiadísimos. ¡Gran honor dispensado a María Cruz Sarvisé!

Mosen Jesús, como así lo llaman sus feligreses, es el párroco de Lárrede. Sacerdote bondadoso, cultísimo e inteligente, que se ha entregado con gran amor a su parroquia, hoy decorada por María Cruz, pintora que fusiona los elementos primarios para comunicar un mundo puro, profundamente ensoñado por el alma que pone en su obra.

FÉLIX FERRER GIMENO